

Cervantes: su circunstancia, su vida y algunos rasgos filosóficos del Quijote



Francisco Álvarez González

Resumen

Un acercamiento al Quijote desde un recuento de la vida de Cervantes, una contextualización de la obra y un planteamiento de algunos rasgos filosóficos vistos desde la filosofía contemporánea. Se establecen los aspectos que hacen exitosa la obra y el interés que esta despertó en dos grandes filósofos: Unamuno y Ortega y Gasset. En la contextualización se reseña la España de la época desde el punto de vista social, político y económico y se resume la vida del autor en la que se destacan sus penalidades para indicar que estos aspectos se reflejan en la obra. Todo lo analizado da pie para afirmar que la obra es una muestra de la literatura realista en la que se muestra al hombre como actor y sujeto del bien.

PALABRAS CLAVE:

Literatura española. Historia y crítica, Novela española. Historia y crítica, Literatura del Siglo de Oro, Cervantes, Quijote, Elementos filosóficos, Espíritu objetivado

Se me ha pedido que hable del *Quijote* con motivo del cuarto centenario de su publicación, Atendiendo a que soy filósofo han querido que me refiera a la filosofía del inmortal libro. La verdad es que la tarea es algo ardua, porque ni Miguel de Cervantes fue un filósofo ni la gran novela acerca del Ingenioso Hidalgo es, ni por asomo, un libro que trate de filosofía.

Estimo que en el *Quijote* hay un vislumbre real de algo muy propio y característico de la filosofía contemporánea. Para ver esto claro habrá que decir cuál o cuáles son los rasgos esenciales de esa que llamo filosofía contemporánea y qué es lo que en el *Quijote* hay que autoriza a ligarlo con ella. Mas antes es preciso tratar del *Quijote* como obra de arte, pues sólo así, estimo, se estará en capacidad de entender lo que en él se dice que pueda valer y tener importancia desde un punto de vista filosófico.

Bibliotecas enteras hay acerca del *Quijote*. Pero, al margen de tesis, opiniones e ideas, hay algo real que no se presta a interpretaciones o dudas, a saber, que este es el libro, en toda la literatura universal, del cual se ha publicado el mayor número de ejemplares, que ha tenido el mayor número de ediciones y, en fin, que se ha traducido al mayor número de lenguas; con la única excepción de otro libro, el libro por antonomasia, esto es, la Biblia. Ese simple pero

significativo hecho es prueba de su éxito.

Algunos elementos filosóficos debieron encontrar en el *Ingenioso Hidalgo* nuestros dos mayores filósofos del siglo XX, esto es, Unamuno y Ortega y Gasset, cuando ambos se preocuparon por Don Quijote. El primero, precisamente ahora hace 100 años, con motivo de la celebración del tercer centenario de la primera edición, publicó una obra que aparece, comúnmente, titulada *Vida de Don Quijote y Sancho*, pero cuyo verdadero y completo título es *Vida de Don Quijote y Sancho según Miguel de Cervantes Saavedra, explicada y comentada por Miguel de Unamuno*. El segundo, Ortega y Gasset, era para aquella fecha todavía demasiado joven, pero nueve años más tarde, en 1914, publicó su primer libro al que tituló, significativamente, *Meditaciones del Quijote*. Ya antes había publicado numerosos artículos periodísticos y ensayos, pero, repito, su primer libro propiamente dicho fue este en el que se menciona al personaje universal. Esa afición por el *Quijote* en ambos es, a mi juicio, ya una prueba de que algo afín con sus respectivos temperamentos filosóficos hallaron en la lectura de la inmortal obra de Cervantes.

Y, justo, algo que se encuentra en el mencionado libro de Ortega nos va a dar pie para dar estructura a este texto. Enuncia en él

nuestro filósofo y maestro aquella frase que, andando el tiempo, se va a convertir en una especie de núcleo central de su filosofía ya en plena madurez: “yo soy yo y mi circunstancia”. Viene a ser la expresión, última y sazónada y madura de aquel descubrimiento sobresaliente de Francisco Brentano de que la intencionalidad es el requisito esencial de la conciencia. Cualquier fenómeno psíquico requiere para ser, de lo otro a que tiende, sólo que ahora, en Ortega -y en eso consiste la sazón y madurez de su sentencia - no es que la conciencia sea y luego tienda o se dirija a algo, sino que su propio ser consiste en ser-con lo otro que se le enfrenta y, sin ello, no sería nada. Mucho tiempo después que Ortega, y con un poco de su pedantería y otro poco de querer aparentar profundidad y tratar de hacer parecer difícil lo fácil, el filósofo francés Sartre definirá la conciencia como “aquel ser que, para ser, necesita ser lo que no es” o como “el ser que no es lo que es” o que “es lo que no es”. La sentencia de Ortega es mucho menos rebuscada y clara: la circunstancia, esto es, todo aquello que me rodea, lo otro, en suma, es elemento indispensable de cada yo, de cada conciencia o, empleando el término más preciso, de cada vida humana.

Pues bien: de lo que aquí se trata es de hablar del *Quijote*. “El ingenioso hidalgo Don Quijote de la

Mancha” es la gran novela de Cervantes. Hablando un poco en términos propios de la filosofía del espíritu de Nicolai Hartmann: es un ejemplo más de espíritu objetivado. Espíritu objetivado que hace referencia o es producto del espíritu subjetivo que lo creó, esto es, el de Miguel de Cervantes, sin el cual, por ende, aquel ejemplar no hubiera sido y, sin el cual, no es, plenamente inteligible. Mas, a su vez, Cervantes no se entiende a cabalidad y en una dimensión de profundidad sin su circunstancia, puesto que ésta, ya lo sabemos, forma parte de él. Cabría decir que Cervantes y su circunstancia forman o constituyen una unidad. Pero, la circunstancia de Miguel de Cervantes es la España, principalmente, de la segunda mitad del siglo XVI y el decenio y medio primero del siguiente, esto es, la época del largo reinado de Felipe II y del mucho más corto de Felipe III, y digo, principalmente, porque una buena parte de la vida de Miguel de Cervantes se desarrolló fuera de España: unos seis años vagabundó por tierras de Italia y otros cinco y medio los pasó cautivo en Argel. Y estos años van a influir, claro está, en su vida y a hacerse notar en su obra literaria.

Es preciso, pues, hablar primero de cómo era la España de su tiempo, su circunstancia, lo que en derredor de él había, para entender, con dimensión de profundidad, a Miguel de

Cervantes. Esto en primer lugar, pero, en segundo, nos es necesario e indispensable saber algo de su vida para poder entender su obra. Y, ahora sí, ya está clara la estructura de esta conferencia y las tres partes en que se dividirá: una visión a la España de los tiempos de Miguel de Cervantes, una mención de la azarosa y triste vida del glorioso escritor y, por último, una referencia al Quijote tratando de ver qué rasgos filosóficos parece que nos hacen recordar a la filosofía más moderna.

La España de la época de Miguel de Cervantes es el país más poderoso del mundo. Aquello de que en los territorios de España nunca se ponía el sol es un dicho absolutamente cierto. Sobre todo desde el momento en que, con Felipe II, por herencia de su madre Isabel de Portugal, se logra la unificación de la península. Hay que tener en cuenta que dicha unificación suponía la soberanía ahora de España sobre todo el inmenso imperio colonial que Portugal había ido adquiriendo gracias a haberse adelantado en las expediciones marítimas: buena parte de las costas occidentales y orientales de África, lo que después, en América, fue el Brasil, adquiere posesiones en las costas de la India y, finalmente, multitud de asentamientos en las miles de islas de lo que más tarde se llamará Indonesia. A más de todo esto que Portugal aportaba, España poseía,

por su cuenta, casi toda América, desde California hasta el extremo sur del estrecho de Magallanes; media Italia: Milán, Nápoles, Sicilia, Cerdeña; los Países Bajos, Borgoña, el Franco Condado, el Rosellón, etc. y, aparte todas estas posesiones en Europa, enclaves en el norte de África e inmensos territorios en Oceanía, Filipinas, las Marianas, Guán, etc., etc. Esta era la gloriosa España en que vivió Cervantes en tiempos de su mayor esplendor, esto es, durante todo el reinado de Felipe II, 1556-1598, y una buena parte del reinado de Felipe III.

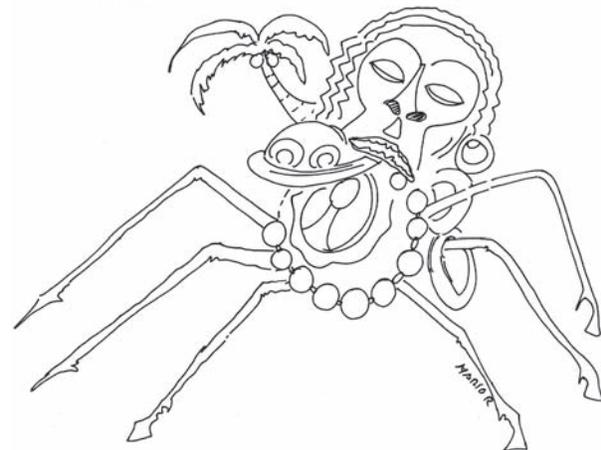
Mas, en esta España pujante, ascendiente, que en poco más de medio siglo pasó de casi nada a ser todo, había multitud de cosas anormales que, al ir dando sus frutos, por así decir, habrían, con el tiempo, de producir la debilidad, la decadencia del poder, la pérdida poco a poco de tantas posesiones que antaño se tuvo y la consecuencia o reflejo de todo ello en el ánimo de los españoles: un sentimiento de frustración, de fracaso, de debilidad, de decadencia. Todo ello contradictoriamente mezclado con el orgullo por el constante recuerdo de lo que se fue, de lo que hasta hacía muy poco se había sido. Cervantes, por tantas tristes experiencias de su propia vida y por haber sido testigo del primer gran contratiempo o fracaso de España en su política exterior, el terri-

ble desastre de la Armada Invencible, que inicia ya el proceso más o menos lento de derrotas y pérdidas de territorios, participó de ese doble y contrario sentimiento de satisfacción y orgullo por un lado, pero de desánimo, pesimismo y decadencia, por otro.

Ahora bien: ¿Cuáles fueron esas que he denominado cosas anormales que había y que fueron la causa del lento, pero inexorable, proceso de decadencia de España, que, en verdad, duró tres siglos, XVII, XVIII y XIX, hasta culminar con la pérdida de las últimas reliquias de lo que fue su antiguo imperio, (la pérdida de Cuba, Puerto Rico, las Filipinas, con motivo de su guerra con Estados Unidos en 1898)? Una de esas cosas anormales fue la escasez de población y, aparte escasez, la despoblación que, como quien dice para remate, se produjo ya a finales del siglo XVI y durante el XVII, más acentuadamente todavía.

Nietzsche dijo en cierta ocasión que España fue “un

pueblo que quiso demasiado”. Es cierto que quiso demasiado y, añadiríamos, consiguió demasiado, para ser tan pocos los españoles o, con mayor justeza y verdad los castellanos, pues fue Castilla la que, casi con exclusividad llevó a cabo aquel grande y asombroso esfuerzo. La población de Castilla, incluidas Andalucía, Extremadura y Murcia no llegaba, a mediados del siglo XVI, es decir, en la época de mayor esplendor del imperio, a los 7 millones de habitantes. Sumado los diferentes reinos la población total de la península apenas sobrepasaría por muy poco los 8 millones. Comparando lo exigua de la población con la inmensidad del imperio, a uno se le ocurre pensar: “Fueron muy pocos para tanto”. Sobre todo si se tiene en cuenta que había que mantener multitud de ejércitos –los famosos tercios – para guarnecer tantas ciudades por la vasta geografía de Europa y luchar, si el caso fuera, contra los que amenazaban esos territorios y ciudades ocupados por los



españoles. Y hay también que tener a la vista, en un muy primer plano, que en América, desde California al extremo sur, había ya, a finales del siglo XVI, miles y miles de pueblos en los que raro es que no hubiera algunos españoles. Y en varios puntos de África y en Oceanía ocurría lo mismo. Se descubría primero, se ocupaba y conquistaba después, pero luego, para que lo descubierto pasara a formar parte del imperio había que asentar allí alguna población.

Mas si los españoles eran tan pocos para tan grandes empresas, de milicias, de descubrimientos, de conquistas y de colonización con establecimiento de moradores en tan vastos y dilatados territorios, se empeoraba todo esto con el fenómeno de la despoblación, fenómeno que comenzó desde finales del siglo XV y que se acentuó y culminó en el XVII. Durante este último siglo se calcula que la población de España disminuyó en un 25%, aproximadamente. Cuatro hechos influyeron en esta pérdida de habitantes, que afectó, sobre todo, a Castilla: guerras, peste, expulsiones y emigración.

Contra tres grandes enemigos hubo de luchar España en el transcurso del siglo XVI y gran parte del siguiente: contra Francia, contra el protestantismo y calvinismo y países que abrazaban esta nueva forma de cristiandad y contra los

turcos. Durante el reinado del emperador Carlos V de Alemania y I de España, las luchas entre el rey de Francia, Francisco I, fueron continuas, Felipe II tuvo que enfrentar a Enrique III y Felipe IV a Luis XIII y a Luis XIV. Se luchó en Flandes, en el Franco Condado, en el Piamonte, en el Rosellón etc., etc. Los tercios españoles se hicieron famosos en estas guerras y adquirieron la fama de invencibles. Las bajas humanas eran a veces cuantiosas. Sobre todo, como las guerras fueron casi continuas a lo largo de siglo y medio, aproximadamente, las muertes en tantos conflictos significaron una sensible disminución de la población. Y aparte guerras contra Francia y contra las coaliciones que ésta no cejaba de formar una vez tras otra, en su obsesiva animadversión contra los Habsburgos de Austria o de España se luchaba también, aun cuando en menor escala, en América, en el Mediterráneo oriental contra los turcos, en África y en el lejano oriente.

Pero, además de guerras, estaban las pestes. Hoy apenas puede imaginarse uno lo que fueron en tiempos antiguos, en la edad media o, incluso, durante la época en que vivió Cervantes. De la famosa peste negra que asoló vastas regiones de Europa durante el siglo XV se sabe fue responsable de la pérdida del 50% de la población de muchas regiones de Europa. A mediados del

siglo XVI y hacia los últimos años del siglo hubo pestes en España que produjeron muchas bajas – Un solo dato para dar idea de lo grave del asunto. La población de las ciudades era, por aquellas fechas, no sólo en España, sino en Europa, muy escasa, sobre todo si comparamos con la situación en nuestros días. Así, por ejemplo, en la Europa de comienzos del siglo XVI sólo había cuatro ciudades de más de 100.000 habitantes: París, Milán, Venecia y Nápoles. Hacia finales otras llegaron a ese número: Londres, Roma, Lisboa, Sevilla y algunas más. Pues bien y a esto iba; Sólo en Sevilla las pestes del siglo XVI produjeron 60.000 bajas.

En tercer lugar, decíamos, hay que señalar, como factor que incidió en la pérdida de población, las expulsiones. Además de la tan conocida de los judíos, en la última década del siglo XV, ahora, en la primera del siglo XVII se produjo la expulsión de los moriscos. En algunas regiones, como en Aragón y Valencia, donde constituía una parte muy importante de la población, la expulsión llegó a tener caracteres catastróficos.

Y, en fin, el último factor y el más fundamental de todos fue la emigración. El descubrimiento y la conquista fueron en verdad a veces cosa o tarea de muy pocos; pero la posesión, esto es la colonización y ocupación efectiva de aquellos inmensos territorios, sobre todo en el

Nuevo Mundo y, más tarde en el extremo oriente, especialmente en Filipinas, tuvo que ser obra de muchos. Por citar algunas cifras que, más y mejor que las palabras, sirven en ocasiones para dar idea exacta de los hechos, se calcula que, durante el siglo XVI emigraban de España anualmente alrededor de 20.000 españoles, lo cual, una vez más, dado lo exiguo de la población, significaba un monto muy elevado. Hasta mediados del siglo, esto es, hacia la época del nacimiento de Cervantes, se estima habían emigrado de España para las Indias, como entonces se decía, unas 180.000 personas. Y esta estimación tiene en cuenta sólo los emigrantes con autorización, esto es, legales, que si se suman los ilegales, que eran muchísimos, constituidos principalmente por aquellos españoles que, por una razón o por otra, se encontraban en mala situación, los judíos conversos muy principalmente, entonces las cifras resultarían mucho más abultadas. Añado, siempre referido a este gravísimo problema de la población, que el efecto del mismo no afectó a la totalidad de la península. Porque se habla de España y ésta contiene los diversos reinos, pero el peso y responsabilidad, como ya dijimos, de la conquista y después repoblación y colonización de los inmensos territorios descubiertos y conquistados fue tarea casi en exclusividad de Castilla, entendiendo por

tal tanto a los castellanos propiamente dichos como a los andaluces, murcianos y extremeños. Las glorias de la España imperial se las llevaban todos, pero los autores y agentes efectivos de ella fueron los castellanos.

Dos millones de personas en total se calcula que perdió España durante el reinado de Felipe II. Porque la inmensa mayoría de los emigrantes, legales e ilegales, se perdían para España, aunque se ganasen para el Nuevo Mundo y otros lugares. Cualquiera, pues, al tanto de los hechos, podría sentir la impresión de hallarnos ante un coloso con los pies o fundamentos de barro. Y esto, si ya no lo es, amenaza por lo menos decadencia. Y lo mismo aprehendemos si atendemos a la vida económica. Ya es un síntoma extraño que siendo España tan poderosa y rica durante el siglo XVI, esto es, durante los reinados de Carlos I y Felipe II, tuviera que estar de continuo solicitando préstamos de los banqueros más poderosos de la época, los Fúcares alemanes, españolizando el Fugger alemán, o los banqueros genoveses, después de la bancarrota de aquéllos. En el esplendor de la corte de los Austrias españoles se gastaba mucho, pero aún más en el mantenimiento, constante restauración y avituallamiento de los ejércitos, de los famosos tercios. Y las recaudaciones no daban para tanto. Sobre todo si se tienen en cuenta estos dos hechos: primero,

las contradicciones y anomalías sociales de la España de la época puesto que la corona, la alta nobleza y el clero poseían entonces el 90% de las tierras, en un tiempo en que la tierra todavía constituía, en España, la principal fuente de riqueza. Y, principal contradicción y anomalía, estos tres órdenes sociales, que poseían tanto, no erogaban, por abusivos privilegios, nada o apenas nada, de tal modo que era el pobre pueblo llano el que tenía que contribuir con sus tributos a engordar el erario público. Ya esta sinrazón o injusticia era algo sumamente anómalo. Pero aún más agravaba la situación este segundo hecho: que, de nuevo, era casi en exclusividad Castilla la que tenía que contribuir con sus impuestos a entregar dinero al gobierno, porque los otros reinos, Aragón, Valencia, el condado de Barcelona o las provincias vascongadas y Navarra, con sus fueros, prevaleciéndose en ellos, apenas erogaban. Los reyes, muy frecuentemente, apremiados por la escasez de dinero y por las guerras, convocaban las Cortes en estos territorios para tratar de convencer a sus gentes que en algo contribuyeran a remediar las apuradas situaciones motivadas por la escasez de recursos monetarios, pero, por lo común, era muy poco lo que conseguían. Se dependía, pues, con casi exclusividad, de la plata y el oro que venían de América.

¡La plata y el oro de América! ¡Cuánto no se ha hablado de ello! Mas lo inaudito es que sólo sirvió, como, quien dice, para ir tirando. Porque, ilógicamente, no sirvieron esos metales preciosos para el enriquecimiento de los españoles, lo que, en otras circunstancias que no hubieran sido los españoles, debiera y pudiera haber acontecido. Hablando en términos de modernas finanzas, esa gran afluencia de divisas en territorio hispánico, no sirvió para su desarrollo agrícola, artesanal, industrial y para en fin, constituir una economía sólida, sino que tal como venía el dinero se iba. Salía hacia el exterior y en gran parte para robustecer a los propios enemigos de España, en concepto de cancelación de préstamos a los banqueros alemanes y genoveses, de pago de salarios a las tropas, ya que muchas veces, en situaciones críticas, se declaraban, diríamos, de brazos caídos y en huelga, por falta de pago o de retraso en sus salarios; de gasto y lujo exagerado en la Corte y, finalmente, de compras en el exterior de todo aquello necesario para vivir y que no se producía en el interior de la península. Alemania, los Países Bajos, Italia y Francia eran nuestros principales proveedores de artículos, de lujo unos y otros, sencillamente, de aquellos necesarios para el desarrollo de una vida normal. Con tanto dinero, bien invertido, se hubiera podido producir abundantemente, exportar

lo producido, evitar el tener que comprar y, así, haber gozado de una balanza de comercio favorable, según el ideal del mercantilismo entonces naciente y en uso en los países de Europa Occidental. Pero, insisto, para todo esto hubiera sido necesario producir, esto es, en términos muy simples, trabajar y, en España, por las razones que a continuación diré no se trabaja en todo aquello referente a producir bienes de consumo y a su comercialización. Todos aquellos que se consideraban o estimaban en algo, los hidalgos, juzgaban indigno de su estado, ofensivo para su honra, dedicarse a cualquiera de esos afanes y trabajos. Recordemos que al buen hidalgo manchego Alonso Quijano, prototipo del español medio de su tiempo, que Cervantes, con su gran experiencia de la vida, tan bien conocía, era un hidalgo de un pequeño pueblecillo de la Mancha, Argamasilla de Alba probablemente, que vive una vida tranquila, con un ama y con una sobrina, dedicado, aparte de leer libros de caballería, a conversar con sus amigos el cura y el barbero y a cazar, única ocupación honrosa y digna para un hidalgo. La situación real era esta: en la inmensa mayoría de las familias españolas, por aquel tiempo, el hijo mayor heredaba los bienes, casa y tierras. ¿Y los otros hijos, cómo se ganaban la vida? Como la dichosa honra impedía dedicarse a un oficio o ejercer el comercio,

no quedaban otros recursos que estos dos: o la iglesia o las armas, pero es claro que en cualquiera de estas dos formas de vida, no se produce. Aquí cabe hacerse la pregunta: ¿de dónde le vino al español esta manera de ser que, por cierto, es única, pues no se repite en ningún otro país de Europa occidental, en donde, al contrario,

estaba hasta en auge, por razones religiosas, el valorar cada vez más el trabajo, de cualquier tipo que fuere? Recuérdese que el famoso sociólogo alemán, Max Weber pudo sostener, en un libro famoso, que los orígenes del capitalismo moderno europeo estaban en directa relación con la ética protestante y, en especial, con el

calvinismo, dado el hincapié que éstos ponían en el trabajo como algo bueno a los ojos de Dios y como medio, en cierto modo, para la salvación. Esta extraña condición y conducta de las españoles, tan contraria a la manera de ser de las gentes del resto de Europa, terminó por convertirse en tan anacrónica y perjudicial para

el desarrollo del país que nada menos que un rey, el último de los Austria, Carlos II, tuvo que publicar una pragmática, a finales del siglo XVII, manifestando que no era incompatible con la nobleza y con la hidalguía el que las gentes se dedicaran a algún trabajo manual y productivo, tal como la fabricación de tejidos o el dedicarse al comercio. El que nada menos que un rey llegara hasta el extremo de manifestar esas opiniones era buena muestra de cuán arraigada había estado y estaba todavía en su tiempo la antigua y tradicional consideración del comercio o del trabajo industrial como motivo de deshonra y de deshonor. Los historiadores no acostumbran a denunciar esta pragmática, que tan reveladora es del carácter e idiosincrasia de los españoles, motivo y explicación del porqué de su atraso en relación con otros pueblos rivales de Europa y de su inevitable decadencia como país.

Mas sigue el interrogante: ¿Cuál es la razón de esa manera de ser? Porque no es que haya una especie de esencia de lo español o de la españolidad entre cuyas características esté esa de menospreciar el trabajo manual y, a veces, hasta casi el intelectual. Si los españoles de los siglos XVI y XVII pensaban y sentían así, debía de ser por alguna razón que se dio y existió en España y no en el resto de países de Europa occidental.



La razón, también poco aireada fue esta: sólo España tuvo en su suelo, durante 8 siglos a un pueblo extranjero, los árabes y berberiscos, creyentes y practicantes de una religión distinta de la cristiana: el Islam. Y sólo un pueblo como el español tuvo que estar tan largos siglos en una permanente cruzada contra dicho pueblo extraño, tan distinto en costumbres, manera de pensar y religión. Desde el siglo VIII, cuando se inicia la invasión, hasta finales del XV, cuando la cruzada termina con la conquista de Granada, convivieron en suelo español las tres castas de los cristianos, los judíos y los moriscos. Con-vivieron, esto es, vivieron unos juntos a otros en los numerosos pueblos que se iban reconquistando, pero cada una de estas castas estaba dedicada a una tarea y ocupación diferente. Los cristianos no hicieron durante ocho siglos, fundamentalmente, sino pelear. Cuando conquistaban una ciudad seguían peleando para conquistar otras o permanecían en armas para defender la plaza conquistada. Se acostumbraron, pues, a considerar que su destino y misión era: guerrear, conquistar y defender. Los judíos dedicábanse a realizar los diferentes oficios, manuales unos e intelectuales otros y a practicar el comercio. Los árabes conquistados, los moriscos, en fin, ocupábanse preferentemente en las tareas de construir castillos, casas, iglesias, mezquitas, sinagogas y en la

tarea, asimismo, del acarreo y transporte de mercadería y de todo lo que ver tiene con pagos de impuestos, aduanas, etc., etc. Las tres funciones, desempeñadas, respectivamente, por las tres castas, se complementaban y eran absolutamente necesarias para el normal y buen vivir en ciudades y pueblos. Por ese reiterado y constante desempeño de la exclusiva tarea o misión de pelear, terminó por crear el sector de población cristiano que las otras funciones no eran propias de él, sino de las otras castas y que, por ende, su ejercicio, para ellos, los vencedores, era motivo de deshonra. Un cierto modo de vivir, durante largos siglos, terminó por convertirse en un cierto carácter y modo de ser. La única ocupación digna para un hidalgo, como Alonso Quijano, era la caza, una especie de remedo de guerra en tiempos de paz. Era una revolución de los valores: ser labrador, analfabeto y de escaso seso era una especie de prueba de carecer de antecedentes judaicos y esto era motivo de honra y orgullo. Y todo lo contrario acontecía cuando se era culto, trabajador y avisado. Se era entonces sospechoso sin más de judaísmo y eso era peligroso en épocas en que la Santa Inquisición tenía justo como tarea vigilar y encarcelar a los judíos conversos. Pero, en fin, así era España: potente, augusta, pero con una estructura social y unas creencias que hacían presagiar un paulati-

no desmoronamiento a todo aquel que calaba un poco en cuál era la verdadera situación. En lugar de ascenso, decadencia. En ese ambiente, en esa circunstancia, vivió Miguel de Cervantes. Conoció el desastre de la armada invencible, punto crítico en que se inicia la decadencia. Mas, conocida su circunstancia, pasemos ahora a contar, brevemente, su vida.

Fue bautizado Cervantes el 9 de octubre de 1547, en la parroquia de Santa María la Mayor de Alcalá de Henares, lo que hace suponer que su nacimiento tuvo lugar el 29 de septiembre, día del arcángel, dada la constante en España de que entre el nacimiento y el bautizo de las criaturas mediaran unos 8 ó 10 días, como para que se repusiera la madre y pudiera estar presente en la ceremonia. Fueron siete hijos los del matrimonio de Rodrigo de Cervantes de profesión cirujano y de Leonor de Cortinas. Miguel fue el cuarto. Mayores que él fueron Andrés, Andrea y Luisa. Menores Rodrigo, Magdalena y Juan. Del primero y del último de estos hijos de Rodrigo y Leonor no se sabe nada, quizás murieron pronto. Luisa de temprana edad entró en un convento de su ciudad de nacimiento en Alcalá de Henares y profesó. Apenas tenía 19 años y desapareció para el mundo. De ella no se sabe nada más. El resto de los hermanos, Andrea, Magdalena y Rodrigo estu-

vieron ligados íntimamente con la vida de Miguel.

Poco se sabe de los primeros años de su vida. Su padre, modesto profesional, tuvo que marchar de ciudad en ciudad para poder atender a una tan larga prole. Sabemos que a los pocos años del nacimiento de Miguel se trasladaron de Alcalá de Henares a Valladolid, donde a la sazón estaba la corte, en busca de mejores horizontes y perspectivas. Por allí tampoco la familia Cervantes permaneció por muchos años y ya en 1561 consta que se habían establecido en Madrid, aunque también aquí como de paso, pues se sabe que de allí fueron a Córdoba, donde residía el abuelo, Juan de Cervantes, abogado, y de la ciudad del califato a Sevilla. Estada corta esta en Sevilla ya que un par de años después los encontramos de nuevo establecidos en Madrid. Miguel tenía ya entonces 19 años. Parece que, en el tiempo que estuvo en Sevilla, estudió allí con los jesuitas. Y ahora, en Madrid asistió al famoso Estudio en donde era maestro Juan López de Hoyos. Por entonces, con motivo de la muerte, en 1568, de la tercera mujer de Felipe II, Isabel de Valois, el Estudio publicó una obra, *Historia y relación verdadera de la enfermedad, felicísimo tránsito y sumptuosas exequias fúnebres de la Serenísima Reyna de España Dona Isabel de Valois*. En el libro se incluían unos versos de Miguel de Cervantes, "mi

caro y amado discípulo", según palabras de López de Hoyos. No era un misterio que aquellos constantes traslados debíanse a lo precario de la situación de la familia. Pespica y sensitivo tuvo Cervantes, ya entonces, a tan temprana edad, que experimentar una como sensación de fracaso.

Tenía Cervantes 21 ó 22 años cuando pasa a Italia en busca de una fortuna que le era esquiva aquí, en España. Sirvió como paje o criado del que había sido legado del Papa en Madrid, nombrado más tarde cardenal, Juan Acquaviva. Pero, a poco, alístase como soldado en las empresas marítimas que, en 1570, Felipe II había ordenado organizar contra los turcos. Y así, al año siguiente, el 7 de octubre tuvo lugar la célebre batalla de Lepanto, en que las naves españolas y venecianas, al mando de Don Juan de Austria, infringió una derrota memorable a los turcos. Cervantes, enfermo y con fiebre, no quiso permanecer en su litera bajo cubierta y pidió que le permitieran pelear en un sitio de peligro. Fue herido por varios arcabuzazos en el pecho y en el brazo izquierdo, que le quedó inservible por el resto de su vida; de ahí lo del "manco de Lepanto". Estuvo en otras acciones de guerra, en Túnez, en la Goleta, en Navarino. Al final, un tanto desengañado, después de seis años de estancia en Italia decidió regresar a España sin haber podido obte-

ner ningún grado o ascenso en la milicia: ni capitán, ni, más modestamente, alférez y ni siquiera, un humilde puesto de portaestandarte. Esto a pesar de haber sido reconocido como soldado distinguido y lo es porque, en el combate, no esquivaba los peligros y se portaba heroicamente y además de todo eso, es un joven culto, logra dominar muy bien el italiano, conoce el latín y ha leído a la mayor parte de los clásicos griegos y latinos, cosa todo ello no común entre los soldados corrientes. Desengañado, víctima de un nuevo fracaso, decide volver a España, para tratar de hacer reconocer allá sus méritos. Llevaba cartas de recomendación, se dice, de Don Juan de Austria y del Virrey de Sicilia.

Más, nuevo tropezón, cuando la galera en que viajaba estaba cerca de la desembocadura del Ródano, en las costas de Francia, fue atacada por unos piratas berberiscos y Cervantes, con su hermano Rodrigo, que también esperanzado había pasado de soldado a Italia y que ahora regresaba a España, abatidas sus esperanzas, fueron enviados cautivos a Argel. Allí lo intenta todo. Escribe una larga carta o memorial a Mateo Vázquez, antiguo camarada de los años de Sevilla en el colegio de los jesuitas, que ahora es nada menos que uno de los secretarios del rey, contándole el tiempo pasado en Italia, sus acciones heroicas, la tristeza de

tener que estar sufriendo un rudo cautiverio, pero, nuevo fracaso, la carta no surte efecto alguno. En los largos cinco años que duró su cautiverio planeó, no una, sino cuatro veces, la fuga, con algunos de sus compañeros cautivos, pero las cuatro veces fracasa y, lo que es más doloroso, por culpa de la envidia y maldad de un compatriota, que lo denuncia. Su hermano Rodrigo fue liberado a los dos años, pero por Miguel pedían un rescate muy elevado, a causa, precisamente, de aquellas cartas de recomendación, lo que hizo pensar a sus secuestradores que se trataba de una persona importante y que, por ende, podían elevar el monto del rescate. Al fin, en 1580, unos padres trinitarios, dedicados especialmente a redimir cautivos, consiguieron, ayudados con donativos de mercaderes cristianos residentes en Argel, reunir la cantidad que exigían sus dueños y así Cervantes consiguió la libertad.

Después de una corta estadía en Denia y en Valencia, he aquí, de nuevo a Cervantes instalado en Madrid. Ilusionado, puesto que su pasado heroico en Italia y sus sufrimientos en Argel estimaba le hacían acreedor a un puesto o empleo de cierto relieve, marcha a Portugal donde estaba el Monarca y en donde, a la sazón se hallaba también su hermano Rodrigo. Sólo consigue una oscura y modestísima misión de llevar una corres-

pondencia a Orán. Cumple la misión y, defraudado en sus ilusiones y esperanzas, regresa a Madrid. Conoce a una tal Ana Franca de Rojas, probablemente comedianta, con la cual tiene amores y que le da una hija, Isabel de Saavedra. En 1584, contrae matrimonio con una muchacha pueblerina, de Esquivias, emparentada quizás con la familia, dieciocho años más joven que él. Se instala en este humilde pueblecito toledano, pero no es su temperamento y genio adecuado para una vida bucólica y rural y regresa a Madrid. Viaja de la capital a Esquivias y de Esquivias a Madrid de nuevo. Consigue un empleo de comisario para acopiar víveres, granos y aceite especialmente, para los navíos de la escuadra que el rey Felipe II planeaba enviar a las costas de Inglaterra. Hele, pues, trasladado a Andalucía, a Ecija concretamente, encargado de la adquisición de aquellos alimentos. Al año siguiente se produce el desastre de la armada invencible, que había de impresionar fuertemente a Cervantes, puesto que, al fin y al cabo, él había contribuido, aunque en humilísimo puesto, a que fuese una realidad aquella flota que, con orgullo, se la calificó de invencible. Con idas esporádicas a Madrid, atravesando los áridos terrenos de la Mancha, vivió por muchos años solo, -pues su mujer seguía en Esquivias- en Andalucía, en Sevilla principalmente, dedicado a cobrar impuestos y a me-

nesteres como antes de recopilar víveres. Unas veces no le salieron bien las cuentas y dio con sus huesos en la cárcel. Otra vez fue excomulgado por el cabildo de Sevilla por haber requisado alimentos que pertenecían a la Curia. En otra ocasión, depositó algún dinero de los negocios que manejaba en un banco que quebró y he ahí, de nuevo, a Cervantes que tiene que experimentar lo que es vivir entre rejas. Todavía en 1602 es encarcelado de nuevo en Sevilla, como siempre, por culpa de las dichosas cuentas que no calzaban casi nunca. Cervantes fue sumamente honrado, pero tenía que tratar con muchas personas en sus negocios y no todas eran de igual honorabilidad que él y, además, como hombre de letras, hay que suponer que no era muy apto o hábil para los números. Fracasa también, a pesar de poner en ello mucha ilusión, como autor de comedias ya que, por entonces, el fervor y entusiasmo del público favorecía a su contemporáneo y rival Lope de Vega, a quien Cervantes reconoce como un verdadero “*monstruo de la naturaleza*”. Se ve precisado a tener que pasar por la triste experiencia y vergüenza de ir a empeñar, para poder subsistir, unas telas o tafetanes que una de sus hermanas había recibido de un rico caballero italiano, sin que esté claro el porqué de tamaña generosidad. Asimismo, en Sevilla, para cubrir su cuerpo con un traje tuvo que solicitar

a un amigo que le sirviera de fiador ante el mercader de paños, pues, a pesar de que tenía un empleo, éste era tan modesto que no alcanzaba sino apenas para subsistir. Estando en Sevilla envió de nuevo una solicitud para obtener un puesto al enterarse de que había cuatro vacantes en las Indias: uno en una de las provincias de Guatemala, otro, de contador, en Cartagena, otro en Nueva Granada y, finalmente, otro en la ciudad de la Paz. Nuevo fracaso. Le contestaron que, más bien, tratase de conseguir un empleo en la península. Se le frustró, pues, el intento de conseguir un puesto en el Nuevo Mundo, “*refugio*, como dijo en alguna ocasión, *de todos los desesperados de España*”,

Hacia 1604 se encontraba de nuevo avecinado en Valladolid, en compañía de sus hermanas Andrea, Magdalena, su sobrina Constanza y su hija Isabel. Su hermano Rodrigo había fallecido en 1600, en la batalla de las Dunas, en Flandes, siendo alférez en uno de los famosos tercios. Para su mala suerte por entonces un buen o, más exactamente, una buena noche, pues eran, aproximadamente, las 11, fue herido a la puerta de la casa en donde habitaba con los suyos Cervantes, en la calle del Rastro, en las afueras de Valladolid –no daban los menguados recursos para alquilar una vivienda en calle o lugar más céntrico – un caballero na-

varro, don Gaspar de Ezpeleta. Cervantes ayudó a trasladar al herido a sus propias habitaciones. No quiso don Gaspar explicar la razón de andar rondando por allí a tan altas horas de la noche ni decir nada acerca de quien le atacó e hirió. Murió a los tres días. Las autoridades encargadas del caso sospecharon que había por medio un caso de tercería y, ante la declaración de una vecina que afirmó que en casa de Cervantes entraban y salían hombres con cierta frecuencia, detuviéronle, así como a sus hermanas e hija. Fueron puestos a poco en libertad demostrando que no habían tenido nada que ver con el caso, pero, una vez más, afortunadamente la última, tuvo Cervantes que soportar la humillación de verse cautivo. Mas la verdad es que los miembros femeninos de la familia Cervantes, no tenían muy buena fama. En Valladolid les denominaban, un tanto despectivamente, “*las Cervantas*”.

Hacia 1608 se instala, siempre con sus acompañantes femeninas a cuestas, en Madrid, ahora definitivamente. Probablemente por dificultades en el pago puntual de la renta, dadas las estrecheces económicas que seguían acompañándole como siempre, a lo largo de toda su vida, tuvo que cambiar de domicilio por lo menos tres veces. Primero vivieron en la calle de la Magdalena; luego se trasladaron a la calle de las Huertas y, finalmente, a otra casa,

muy próxima, en la calle de León. Su hermana Andrea muere en 1609. Dos años después, en 1611, su hermana Magdalena. Su mujer permanecía la mayor parte de su tiempo en Esquivias.

Ahora que se aproximaba el fin, la vida de Cervantes, literariamente, es de una fecundidad extraordinaria: las *Novelas ejemplares* se publican en 1613. El *Viaje del Parnaso* en 1614. Las *Comedias y Entremeses* en 1615 junto con la segunda parte del Quijote. En 1616 aparece su último libro, obra póstuma, *Trabajos de Persiles y Sigismunda*. Ya en abril de 1609 había ingresado a la congregación de esclavos del Santísimo Sacramento. Ahora, a comienzos del mes de abril de 1616, profesa en la orden Tercera de San Francisco. Se encuentra gravemente enfermo y es consciente de ello, como lo demuestra esta dedicatória que escribe al conde de Lemos.

*Puesto ya el pie en el estribo
Con las ansias de la muerte,
gran Señor, ésta te escribo.*

Y la escribió, efectivamente, ya en su lecho de muerte, el 19 de abril. El 23 murió. Los hermanos de la orden Tercera lo llevaron a enterrar al convento de las monjas Trinitarias, en la calle de Cantarranas, hoy calle de Lope de Vega. Cosa curiosa, aquel mismo día 23 de abril, fallecía en Inglaterra W. Shakespeare, el otro más grande literato de la época y de todos los tiempos. Da

pena pensar que muchas veces Cervantes, mirando hacia atrás, tuviera que contemplar su vida como una sucesión de fracasos.

Y, ahora sí, vista cómo era España en su época y cómo fue su vida, podemos ver en qué sentido ambas experiencias se reflejan de algún modo en su obra maestra, El Quijote. Cervantes reitera, dice una y otra vez que pretende ridiculizar los libros de caballería y apartar así a las gentes de su lectura. Para ello escribe un libro de caballería más. Pero es el caso que, a mi juicio, el Quijote, si así se pudiera decir, es todo lo contrario de un libro de caballería. La diferencia es radical, aunque no sé que haya sido señalada nunca: en libros como el *Amadís de Gaula*, Palmerín de Oliva o de Inglaterra, *Tirante el Blanco* o el *Caballero del Febo*, etc., etc., lo real, entendiendo por tal lo que en ellos en verdad se cuenta, es totalmente irreal y fantástico, mientras que en el *Quijote*, por el contrario, lo ideal, lo imaginario, lo fantástico es real. En efecto, los castillos imaginados por la mente alocada del buen hidalgo, son humildes ventas, las doncellas mozas de partido, los gigantes simples molinos o los ejércitos modestos rebaños de ovejas. Tan real es todo que Azorín publicó en 1905 un libro titulado *La Ruta de Don Quijote*, en el que describe los sitios principales que recorrió el ingenioso hidalgo durante sus dos prime-

ras salidas: puerto Lapiche, los campos de Criptana, el Toboso, etc., etc. Allí, en cambio, en los verdaderos libros de caballería, cuanto se cuenta en ellos es irreal, fantástico e inverosímil, como, por ejemplo, que el caballero protagonista puede él solo, en el extremo de un puente, entablar feroz batalla y derrotar a un ejército de decenas de miles de soldados. O que el héroe, de chico, haya podido sostener singular combate con unos gigantes y los haya derrotado. Aquí, lo real, esto es, lo que se cuenta es inverosímil, mientras, repito e insisto, en el *Quijote* lo inverosímil es real. De ahí, que los libros de caballería fueran, empleando términos de una buena parte de la literatura de hoy, verdaderos libros de ficción, mientras que el *Quijote* es una espléndida muestra de literatura realista.

¿Cómo en una obra realista, la más alta expresión literaria del típico realismo español, no iba a reflejarse la experiencia de la naciente decadencia de la circunstancia del autor de la obra, esto es, de la España de su tiempo, así como las reiteradas y tristes experiencias de los fracasos de su propia vida? Y, en efecto, volviendo a la comparación con los libros comunes de caballería, en éstos todo son victorias del protagonista, mientras que en el *Quijote* todo son fracasos del héroe. Al pobre don Quijote de la Mancha todo le sale mal. Apenas hay

empresa que emprende que no salga mal parado o consiga lo contrario de lo que se proponía. Pretende librar del castigo a un pastorcillo al que su amo está azotando, atado a una encina y lo que consigue es que, al fin, le vapuleen y le azoten doblemente. Liberta a unos galeotes y éstos le pagan burlándose de él e incluso robando el jumento de Sancho. Los molinos que cree gigantes lo tumban, a él y a Rocinante, por el suelo. Los pastores del rebaño de ovejas, al arremeter contra éste creyendo que se trata de un ejército, le apedrean y le muelen a palos. En suma: en lugar de victorias, fracasos. Hay en todo ello una burla, sí, de los inverosímiles héroes de los libros de caballería, pero, a un tiempo, la decadentista impresión subjetiva o sentimiento de que la vida, colectiva o individual, es una sucesión de fracasos.

Mas siempre hay un consuelo para las desesperanzas. Tuvo Cervantes un temperamento viril, y así, tras cada fracaso de huída en Argel a poco intentaba un nuevo escape. Cuando Sancho, precisamente, le hace ver al buen caballero andante que todo cuanto emprende le sale mal, éste, más o menos, le viene a decir lo siguiente: “pero lo que verdaderamente importa, amigo Sancho, no son los resultados de las empresas, sino el ánimo, el tesón, el brío, el esfuerzo, la voluntad, en suma, que se ha puesto en ello” He aquí

algo que juzgo de suma importancia, que forma parte de la filosofía del Quijote: el valor que aquí se atribuye a la voluntad. Hubo durante mucho tiempo, en la historia de la filosofía, una especie de primado del intelecto en relación con la voluntad. Parecía obvio que, para querer, hay que conocer antes aquello que se quiere. Mas, la filosofía moderna mudó o cambió esta manera de pensar y fue otorgando, cada vez más, una primacía a la voluntad, hasta llegar a un pleno voluntarismo, como en la filosofía de Schopenhauer, en la que, precisamente, el intelecto viene a ser un producto de una voluntad metafísica para ir poniendo ante ésta objetos y más objetos que querer. En verdad, ya antes, en Kant, había un primado de la razón pura práctica en razón con la razón pura teórica. Como en el decir del Quijote: *lo bueno no está tanto en el contenido de la acción, en la materia, como en la intención de la voluntad que guía al acto*. De ahí, la fórmula kantiana en su *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*: “ni en el mundo ni fuera de él hay nada que pueda considerarse bueno sin restricción a no ser una buena voluntad”. Una vez más: la materia de los actos puede ser un fracaso. Pero eso no importa. Lo decisivo es la intención del acto, y, en este caso, la buena voluntad.

En alguna ocasión dice también Don Quijote a San-

cho: "Yo sé quién soy". Y comenta Unamuno en su libro sobre la vida de amo y escudero: eso quiere decir que "Don Quijote sabe el que quiere ser". Es cierto, pero eso, a su vez, significa o implica que el que se quiere ser no se es ya, sino que hay que hacerlo. Mas esto no es ni más ni menos que el otro gran cambio operado en la filosofía moderna, aparte el ya citado de primacía de la voluntad sobre el intelecto, a saber, que la acción precede al ser. A este último sesgo la historia de la filosofía viene a ser el desarrollo de la lucha entre las opiniones de los dos grandes filósofos presocráticos Parménides y Heráclito, el primero el defensor del ser y el segundo el del devenir. Contemplada muy desde lo alto, como a vista de pájaro que avizora amplios períodos, la filosofía fue, hasta finales del siglo

XVIII, filosofía del primado del ser sobre el movimiento, bien sintetizada en aquel dicho escolástico operari sequitur esse, esto es, el obrar - el devenir, el movimiento - sigue al ser. Mas con el comienzo del idealismo y, concretamente, con Fichte, se cambia radicalmente de criterio. Ahora lo primero es la acción. Tathandlung dice al filósofo alemán - acción que se exterioriza y pone el no yo para que el yo pueda tener conciencia de sí mismo. Todo esto llevó, en la modernidad, al historicismo, a que se afirme, por ejemplo, que el hombre no tiene naturaleza, esto es, no es ser ya, sino que tiene historia o, mejor, que es historia; que es futurizo o, como Don Quijote dice a Sancho: "tú no eres tú, sino que eres lo que con tus acciones te haces". No eres tú, sino las obras.



De regreso a su casa después de la tercera salida, Don Quijote se enfermó. Dióse cuenta que esta vez iba de verdad y que le faltaba poco para morir. Rodeado del ama, la sobrina, el cura y el bachiller Sansón Carrasco, pidió que viniera el escribano porque deseaba hacer testamento. Presente éste es cuando pronuncia aquellas sentidas palabras: "Señores, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Yo fui loco y ya soy cuerdo; fui Don Quijote de la Mancha y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano, el Bueno". Esto de ante la cercanía de la muerte, invocar la bondad, el calificativo de Bueno, como el más precioso definidor de la propia personalidad me recuerda ahora la figura del más sentido y profundo poeta contemporáneo español, uno de los más grandes de todos los tiempos, Antonio Machado, quien en uno de sus poemas más conocidos, resumida autobiografía de su vida en unos pocos versos, comienza con aquel famoso de "mi infancia es el recuerdo de un patio de Sevilla" y, poco antes de concluir tiene también aquellos otros dos versos que dicen: "y más que un hombre que sabe su doctrina, soy, en el buen sentido de la palabra, bueno". En el libro inmortal Alonso Quijano se olvida de andantes caballerías, de honra y de fama y lo único que humilde afirma de sí es haber merecido el apodo con el que le conocieron

sus contemporáneos y amigos: Bueno. Y Machado, más que un hombre que sabe su doctrina, esto es que fue un gran poeta y profesor de francés en el instituto de Soria primero, y de una provinciana ciudad andaluza después, es, asimismo, el calificativo de bueno aquel por el que cree ser más justa y precisamente conocido. Esta concepción del hombre como actor y sujeto del bien es lo que yo denomino el sentido ético de la vida.

Hay, pues, una como anticipación en el Quijote de algunas ideas que son núcleo decisivo en la filosofía de hoy. Y esto, para un libro que no pretende ser, precisamente, un tratado de metafísica, sino, simplemente, una novela, ya es mucho.